

VI. SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DEL  
ILMO. SR. D. RAFAEL GRACIA BOIX



## **Intervención de D. Antonio Cruz Casado, Académico Correspondiente**

El conocido verso de Quevedo, perteneciente al soneto «Encerrado en la paz de estos desiertos» o «Desde la Torre», me da pie a reflexionar brevemente sobre nuestro buen amigo y sagaz investigador D. Rafael Gracia Boix. Viene a decir don Francisco de Quevedo que aquellas almas grandes que ausenta la muerte, a los que se lleva a su reino, de alguna manera resultan vengados por la imprenta, indicando con ello que su memoria permanece aún entre los vivos por medio de sus obras impresas. Continúa diciendo luego el poeta barroco que la hora que dedicamos al estudio y a la lección tiene una calidad especial, no es una pérdida completa e irreparable del tiempo, constatación que se convierte en una preocupación trágica del gran lírico, sino que merece una consideración especial, hasta tal punto que debe ser señalada con piedra blanca, puesto que nos mejora intelectual y emocionalmente.

Ambas ideas, la imprenta o los libros editados como vengadores de la memoria del hombre de letras y la dedicación al estudio como método de mejoramiento humano se pueden aplicar a Rafael Gracia y a aquellos otros que hicieron de su vida un proyecto de investigación y recuperación histórica.

De nuestro paso por el mundo nos sobreviven bien pocas cosas, especialmente las obras y los hijos o, como diría Unamuno, los hijos del espíritu y los hijos de la carne. En esta ocasión, quiero referirme sobre todo a los primeros, aquellos que se dan a luz con el esfuerzo del entendimiento y de la voluntad. Recordaba Rafael en uno de sus últimos actos públicos a los que tuve ocasión de asistir (la presentación en Lucena del libro *Los esclavos de Lucena*, de Françoise Orsoni-Ávila) la anécdota incluida en el prólogo de la segunda parte del Quijote sobre aquel loco de Córdoba afanado en hinchar un perro. Sus palabras «¿Creerá V. M. que es cosa fácil hinchar un perro?» las aplicó nuestro amigo, con singular ironía, a la composición de un libro: «¿Creerá V. M. que es cosa fácil escribir un libro?». Como diría otro clásico, en este caso Lope de Vega, quien lo probó lo sabe.

Y Rafael Gracia sabía de las dificultades que conlleva la composición y escritura de un texto, e incluso de la edición y maquetación del mismo, puesto que, ampliamente iniciado en las técnicas actuales de autoedición electrónica, solía preparar para la imprenta muchos de los textos que luego editaba. Así lo expresa, por ejemplo, en el libro de cuentos ¡¡*Ouh Amérrica!!* ¡¡*Amérrica!!* (1988), en el que indica: «Compuesto en un ordenador Mitac con procesador de textos Word de Microsoft, impreso el original en impresora Epson LQ-500". Y este detalle, en una persona que, por su edad, pertenecía a una generación que se había iniciado en la investigación y en la redacción de una obra con los medios materiales mínimos, como mucho, la máquina de escribir, resulta indicativo de una modernidad de pensamiento poco frecuente. Era por ello un hombre de nuestro tiempo y estaba al tanto de las innovaciones técnicas anejas a su creatividad intelectual. Rafael conocía a la perfección los procesadores de textos, los programas de

autoedición, la composición electrónica, las posibilidades del escaner... De esta forma sus libros son más suyos, si cabe, porque desde la escritura del texto hasta la organización externa de la página y de la portada le pertenecían en muchas ocasiones.

Sus aportaciones históricas tienen un indudable valor, reconocido por todos los estudiosos del tema; ahí están, por ejemplo, sus estudios y recopilaciones documentales sobre la inquisición cordobesa *Colección de documentos para la historia de la Inquisición de Córdoba* (1982) y *Autos de fe y causas de la Inquisición de Córdoba* (1983), su precioso libro sobre la brujería andaluza, *Brujas y hechiceras de Andalucía* (1991), en el que tiene en cuenta también los textos literarios como reflejo de una realidad histórica, su colección de sucesos y semblanzas cordobesas, *Temas cordobeses* (2001, 2ª ed.), entre otros muchos estudios difundidos en el boletín de nuestra Academia o en volúmenes de actas de congresos o jornadas académicas celebradas en pueblos. A este respecto quiero recordar que uno de los últimos trabajos de Rafael que vieron la luz se encuentra en el volumen de las segundas jornadas académicas en Lucena; se trata de un curioso estudio titulado «Una querrela interpuesta por los frailes de Lucena contra el Obispo de Córdoba a mitad del siglo XVII». Tampoco le fue ajena la creación literaria de lo que dan fe dos libros de narraciones, uno ya mencionado antes y otro denominado *Relatos inmorales* (1986), en el que se advierte un fuerte componente irónico; he aquí las líneas finales del prólogo: «Por último, si has sido capaz de leer hasta el final estos deshilvanados relatos, y han sido de tu agrado, coméntalos pero no los prestes, te puedes quedar sin ellos y eso demuestra que eres más tonto que Antón; y, si por el contrario no te han gustado, tampoco [los prestes], más bien propágalos para que puedas disfrutar y reírte del que logre obtenerlos, al saber que a todo hay quien gane, y no te enfades porque no está pensada ni escrita para hipocondríacos, pues, en resumidas cuentas y de todas maneras en este negocio el que, como siempre, saldrá perjudicado, sin honra ni provecho, será el autor».

En fin, podría acabar mi rememoración con algunos versos elegíacos de los que tan abundante es nuestra literatura como condolencia natural y sentida por el amigo, el historiador, el académico que se nos fue; pero creo que estas sesiones protocolarias y necrológicas, quizás no serían por completo de su agrado. Su genio vivo y risueño quizás hubiese preferido alguno de aquellos versos funambulescos e irrespetuosos que don Ramón María del Valle-Inclán consideraba como su epitafio o su testamento más adecuado. Con esta pincelada burlona, como muchas otras que se encuentran en nuestros clásicos a propósito del acabamiento del hombre, quiero acabar mi sentido recuerdo y homenaje. Decía así el genial gallego:

Te dejo mi cadáver, reportero.  
 El día que me lleven a enterrar,  
 fumarás a mi costa un buen veguero,  
 te darás en la Rumba un buen yantar.  
 Y después de cenar con mi fiambre,  
 adobado en retórico sutil,  
 humeando el puro, satisfecha el hambre,  
 me injuriará tu dicharacho vil.  
 Y al dejar la colilla con el chato,  
 a medio consumir, sobre el mantel,  
 dirás, gustando del bicarbonato:  
 ¡Que no la diñe ahora don Manuel!  
 Para ti mi cadáver, reportero.

Mis anécdotas, ¡todas para ti!  
 Le sacas a mi entierro más dinero  
 que en mi vida mortal yo nunca vi.  
 Caballeros, salud y buena suerte.  
 Da sus últimas luces mi candil.  
 Ha colgado la mano de la muerte  
 papeles en mi torre de marfil.  
 Le dejo al tabernero de la esquina  
 para adornar su puerta mi laurel.  
 Mis palmas, al balcón de una vecina,  
 y a una máscara loca, el oropel.

### **Intervención del Ilmo. Sr. D. Julián García García**

Tenía claro que iba a intervenir en la sesión necrológica en honor de nuestro llorado Rafael Gracia, porque a ello me llevaba un impulso interior. El evangelista San Mateo, en su capítulo 12, versículo 34, nos dice que de lo que rebosa el corazón habla la boca: en la versión latina tan conocida: “Ex abundantia cordis, os loquitur”. Pero no quisiera darle a mis palabras un tono triste, lúgubre, sino todo lo contrario, un aire alegre y festivo del que nuestro amigo y compañero gustaba siempre. Es indudable que todos hemos notado su ausencia y desde lo más profundo de nuestra alma, “ex imo corde”, lo hemos sentido. Ya Publilio Syro en el siglo I a. d. C. decía en una de sus célebres *Sententiae* que perder un amigo era el mayor de los males: “Amicum perdere est damnorum maximum”. Y es que nos falta algo; ya algún compañero de nuestra rebotica, de los asiduos, me ha comentado que ahora no es igual, que tiene menos atractivo ir después de las sesiones a estar un rato charlando, arreglando el mundo, porque el picante, la sal, el aliño, el condimento de nuestras reuniones ya no está. ¡Ese era Rafael! Queremos que sigas estando entre nosotros, que sigamos riéndonos y tomándonos unos “medios”, bueno, algunos zumo de tomate, como cuando tú estabas; que contemos chistes como antes, lo que pasa es que nosotros, como tú bien decías, no tenemos gracia para contarlos; trataremos de imitarte y de recordarte siempre, de irnos alimentando, de ir inundando nuestra vida con tus sabios y acertados consejos, con tu saber estar, que vayamos tomándonos pequeñas dosis, “diócesis” dirías tú, de tu buen humor; ya se escribió casi siglo y medio a. d. C. en el *Eclesiástico* que el amigo fiel es el “medicamentum vitae”, la medicina, la pastilla para ir tirando en la vida.

Pero, Rafael, no temas. Voy a tratar de no soltar un rollo, de los que tú eras tan enemigo. Voy a contar algunas anécdotas, algunas de mis vivencias contigo. Muchas veces, cuando yo iba llegando a Córdoba, me estabas esperando a la altura de tu casa, el número 79, y ya nos entrábamos juntos a Córdoba, dejábamos el coche donde podíamos y, recorriendo las estaciones precisas, nos veníamos a la Academia; las estaciones precisas, entiéndase bien, era tomar café junto a la iglesia de la Trinidad y luego hacer algún que otro encargo. A mí me admiraba el que en todas partes lo conocieran, el que llamara a tantos con el diminutivo de Paquito, Juanito, y que a él también le dijera la

gente Rafalito; y a veces, claro, la gente se volvía a ver quién era el que soltaba en plena primavera o verano al llegar a una tienda aquello de “Felices Pascuas y próspero año nuevo”, que todos nosotros le oímos tantas veces. A todos conocía y siempre nos llevaba al sitio donde cualquier cosa que fuéramos a comprar costaba o se la dejaban a él más barata.

Mi título de cronista oficial de la ciudad de Cabra lo hizo él, como ya lo había hecho a algunos compañeros y amigos. Es precioso y preciso, como él sabía hacer las cosas cuando se centraba en el trabajo. En Cabra gustó mucho cuando se lo puse a la firma al alcalde y al secretario del Ayuntamiento y alguien me preguntó que si quien me lo había hecho se dedicaba a esos menesteres. Se lo comenté a Rafael y me dijo que esas cosas se las hacía él a los amigos, pero que no había dinero en el mundo para pagarle algo así un desconocido. Por supuesto, que tanto el alcalde como el secretario, al ver el título, rehusaron firmarlo con el bolígrafo de turno y echaron mano de la pluma de las firmas importantes, de los actos solemnes.

Alguna vez se vino conmigo a la Biblioteca Municipal y allí conocía a todos y todo eran facilidades con tal introductor.

Cuando él y yo faltábamos a alguna sesión de la Academia, a pocas, parece como que hacía mucho tiempo que no nos veíamos y al entrar él y empezar a saludar gente, cuando llegaba a mí me saltaba diciendo: “A ti no te saludo, porque eres un sinvergüenza que no quieres nada con nadie”. A mí concretamente, lo siento, pero me gustaba sentarme en todas parte al lado de Rafael Gracia y, como contrapunto, también al lado de Pepe de la Torre. Lo pasábamos bien, aunque claro, siempre sin ser excluyentes: eso era lo bueno de las reuniones. Lo que no nos gustaba un pelo es que alguien, a la hora de pagar, y no siendo nuevo, tratara de escaquearse.

Cuando Pepe Cosano entró de Delegado Provincial de Educación, Rafael Gracia dio en ir por la Delegación con más frecuencia a la hora del café y materialmente nos sacaba de nuestros despachos; pero no a él y a mí solamente, sino que como pronto se hizo amigo de todos, iba en la tercera planta de despacho en despacho y de inspector en inspector. A veces don José Cosano tenía una visita y entonces Rafael cargaba con su secretaria, con María Romero: “Niña, a estas horas don José Cosano está ocupado y no puede recibir a nadie; así que dile que salga ya, que nos vamos...”.

Cuando su nieto de Palma de Mallorca se vino a Córdoba a terminar el Bachillerato, llevaba yo entonces el Instituto “Séneca”, adonde le habían trasladado su expediente por la proximidad a casa. El plan de estudios hasta entonces cursado por el niño era distinto al del “Séneca”; le dije a su abuelo que era difícil hacer la matrícula sin más, que ya veríamos qué se podía hacer... Me rompió los esquemas: “Hombre, por eso vengo, porque tú eres el que lo tiene que resolver y además ya ...”. Lo solucionamos y el nieto resultó ser un buen alumno.

Nos contaba una anécdota que a mí me gustaba oírle cada vez que se presentaba la ocasión. Había llegado adonde estaba él de sargento un capitán más estricto de la cuenta y Rafael no estaba dispuesto a que le cambiaran su ritmo de trabajo, que él hacía perfectamente, pero cuando le apetecía, aunque fuera trasnochando o haciendo horas extras, pero a él no lo cambiaba nadie así porque sí. Todos los días, sobre las 11’30, salía a preguntar si ya estaba arreglada tal o cual pieza, que, por otra parte, estaban arreglando lejos de su sitio de trabajo; iba recorriendo las estaciones, ahora sí, todas las precisas, y sobre la una y media o las dos volvía. Y así un día y otro. Pero el capitán quiso ir con él a ver qué pasaba con la dichosa pieza. Rafael, encantado de que su capitán lo acompañara, fue de estación en estación seleccionando además vino y tapas; cuando llegaron al taller ya habían cerrado y así se volvieron por donde habían ido. La

pieza se arregló y el motor al fin se montó, pero todos los días sobre las 11'30 era ya el capitán quien llamaba a Rafael para ir en busca de la pieza, llegando a ser muy buenos amigos.

Cuando la Real Academia se desplazaba corporativamente y venían nuestras esposas, al llegar a cualquier sitio solía decir: "Las señoras que se vengan conmigo". Las invitaba espléndidamente y ellas se lo pasaban "bomba" con él. Porque Rafael era generoso: si ibas solo con él y te descuidabas, ya se te había adelantado y había pagado.

Cuando fuimos a Montejaque él estaba exultante. Aquel día vimos que había sido militar y de los de verdad y que sabía estar en todas las situaciones, disciplinado, correcto, gracioso y divertido, llegado el caso.

El quería a nuestra Academia, la sentía. Muchas veces nos lo confesaba y le dolían cosas que él no creía correctas. Llevaba tantos años de académico y había vivido tantas situaciones... Y era exigente consigo mismo y con los demás. Algunas veces comentando la intervención de alguien decía: "Este nada más que decir según dice Fulano, según dice Fulano, y tú qué dices...?", añadiendo a continuación el primer taco que le venía a la boca.

Yo le corregí las pruebas de alguno de sus libros, que por tanta documentación a veces se hacían interminables. Pero ¿quién se iba a negar?. El partía de la base de que los amigos están para hacerles la pascua; así que no valía ningún argumento.

Cuando ya nos marchábamos por la noche, él se apresuraba a coger el taxi en la puerta del Instituto "Góngora" hasta donde yo tenía aparcado mi coche y ya lo dejaba al lado de su piso, no sin antes de llegar avisarme de que tuviera cuidado, que aquel cruce era muy peligroso; a veces nos quedábamos un rato charlando dentro del coche y la despedida era siempre la misma: "Un abrazo para Loli".

Cuando cenamos con él y su familia en las Bodegas Campos, me acerqué a que me dedicara su libro, como tantos otros; pero me dijo: "Este libro se lo dedico a tu hijo, que tú eres "mu" feo. A ti ya te lo dedicaré otro día en la Academia". Y ya que ha salido a colación mi hijo Julián, quiero decir que es académico correspondiente en Cabra por Rafael Gracia, que un día le oyó un concierto en el Conservatorio Superior de Música y sin comentarme a mí nada de nada, un día me encontré con que él había encabezado la propuesta para correspondiente. Mi hijo fue votado por unanimidad en mi ausencia y se siente muy orgulloso de pertenecer a esta Real Academia. Hoy está con nosotros en espíritu, ya que los jueves, precisamente, tiene clases ininterrumpidamente desde las cuatro y media hasta las nueve y media de la noche. Me ha encargado muy mucho que haga aquí patente su afecto, cariño y recuerdo entrañable hacia Rafael Gracia.

Pero quiero terminar, no sin antes soltar algún latinajo más, aunque la palabra no sea de mi total agrado. Rafael tenía siempre la sonrisa en los labios, el chascarrillo o el chiste a punto y en su momento e irradiaba alegría y optimismo, a pesar de su enfermedad; era partidario del "carpe diem" horaciano, de aprovechar el tiempo presente y después que te quiten lo "bailao". Algunas veces por meterme con él le decía: "Rafael, hay que ver los andares tan flamencos que tienes...". "Julián, no me digas eso ni de broma. Ando así de lo que me duelen los pies". Y cuando ya se sentía peor y haciendo broma de su propia situación, decía: "Hay que ver el pitorreo que se traen conmigo los médicos".

Y dos frases latinas más aplicables plenamente al caso de Rafael, amigo de todos. La divisa del kaiser Alberto II: un amigo es la mejor posesión de la vida, "amicus optima vitae possessio". Y otra sentencia de Publilio Syro: que un amigo verdadero es la mejor adquisición que puede hacerse, "amico firmo nihil emi melius potest".

Rafael, cuando los sepultureros empujaron tu caja hasta el fondo del nicho, estábamos a tu lado -me acordaré siempre- José Luis Lope y López de Rego y yo. El ruido nos

desgarraba el alma, nos miramos y nos fuimos los dos alejando en silencio con lágrimas en los ojos.

Pero no es éste el final que yo quiero para mi intervención. Que sigamos recordando tu alegría y optimismo, que aprendamos contigo lo que ya decía Cicerón: que la vida no es nada sin los amigos; que sepamos, como tú, poner al mal tiempo buena cara.

Y ahora sí termino citando los octosílabos que tanto me gustan del poeta Salvador Rueda y que tú con tu ejemplo y tu vida nos has ido inculcando:

“Como el almendro florido  
has de ser con los rigores,  
si un rudo golpe recibe  
suelta una lluvia de flores”.

Tú, Rafael, el Ilmo. Sr. D. Rafael Gracia Boix, verdaderamente fuiste almendro florido con tu familia y con tus amigos y, a pesar de todas las adversidades, siempre fuiste soltando una lluvia de flores.

## ***Intervención del Ilmo. Sr. D. Ángel Fernández Dueñas, Académico Numerario***

*Rafael Gracia que estás en los cielos*

Ante las puertas del Cielo,  
de oro, marfil y nácar,  
majestuoso y radiante,  
San Pedro está de guardia;  
mira hacia los confines  
que cubren las nubes blancas  
aguardando, impaciente,  
la visita esperada...

Allá, cerca de la Tierra,  
muy lejos, en la distancia,  
divisa, por fin, una luz,  
una luz tornasolada,  
conformando un largo túnel,  
que cuanto más, más avanza,  
se va haciendo refulgente,  
vívida, brillante, blanca  
y en su seno, dos figuras,  
una, con dos grandes alas  
que coge, firme, la mano  
a otra que lleva gafas...

Pronto llegan a la puerta  
donde San Pedro estaba  
y dice el Santo Portero:

-Oh, tú, Ángel de la Guarda,  
¿por qué has tardado tanto  
en conducir esta alma?

Y el ángel, algo azorado  
ante nuestro primer papa,  
responde con ojos bajos:

-Yo te explicaré la causa  
y comprenderás mi hazaña,  
porque no ha sido fácil  
traer a Rafael Gracia;  
todos, abajo, lo quieren;  
toda Córdoba lo ama,  
porque fue un hombre bueno  
que quintaesenció su alma  
en el valle terrenal,  
superando sus desgracias

con entereza y coraje,  
con resignación cristiana,  
disimulando con risas  
penas, sudor y lágrimas...

-Basta con lo que me dices,  
digno Ángel de la Guarda,  
que ya se sabía aquí  
quién era Rafael Gracia;  
luchador, desde la cuna,  
en mil y una batallas,  
fue un padre cariñoso  
con sus hijos de su alma;  
marido que despojado  
de su esposa idolatrada,  
se quedó con media vida  
sin embargo, completada  
con muchas horas de estudio,  
de investigación colmada,  
que tradujo en sus escritos  
de manera acrisolada.

Ven, Rafael, ven conmigo  
a la celestial morada  
donde el Padre-Dios te espera,  
donde la Virgen te aguarda,  
donde verás a tu esposa  
que, ha tiempo, te esperaba...

Y acompañando la acción  
a sus cálidas palabras,  
abrió la ebúrnea puerta  
facilitando la entrada  
a Rafael, que cohibido,  
no acierta a decir nada;  
y da sus primeros pasos  
en una radiante sala  
plena de una luz divina,  
como destellos de plata,  
como irisaba la luna  
en un mar quedo y en calma.

De unas puertas laterales  
van saliendo muchas almas  
que ocupan ambos lados  
de una gran escalinata...  
sube Rafael inquieto  
por los peldaños de ámbar,  
guardado por serafines

de amplia túnica blanca,  
hasta llegar a un rellano,  
en cuyo centro se halla  
un arcángel luminoso  
vestido de escarlata:

¡San Rafael, el Custodio  
de su Córdoba adorada,  
al que tantas, tantas veces,  
en sus escritos citara!  
¡el que en sus "Triunfos" de gloria  
en vigilar no descansa!  
¡al que en su "Juramento",  
le ofreció sus plegarias  
por tocayo, por paisano,  
por tener siempre a gala  
la misma cordobesa,  
tan auténtica, tan sana  
que él, en su vida terrenal  
con ahínco practicara!

Y, todavía aturdido,  
escucha estas palabras  
que el arcángel, lentamente,  
con majestad pronunciara:

-Bienvenido a los cielos,  
bienvenido, Rafael Gracia,  
porque tus merecimientos  
te hacen digno de esta Casa.  
Fuiste cordobés insigne  
de raíz autodidacta,  
y no por eso fue menos  
tu valía; la constancia,  
el amor hacia tu tierra  
tu estilo y tu perspicacia  
alumbraron esa obra  
histórica y literaria  
que dejas en tus escritos  
de no frecuente abundancia:  
temas propios cordobeses,  
novelas con mucha gracia,  
notas de arqueología  
de Córdoba la Sultana,  
ensayos y biografías,  
colaboraciones varias  
en muy diversas revistas  
de Córdoba y su comarca  
y artículos numerosos

en nuestra prensa diaria...  
 Más, sobre todo, tu empeño  
 en lo que más te gustaba,  
 la Inquisición española,  
 esa institución nefanda  
 en la que supiste ver  
 poco grano y mucha paja,  
 pues fueron más inocentes  
 que brujas y que "Camachas"  
 los quemados en la hoguera  
 de pretendida eficacia;  
 mira a tu alrededor  
 y contempla a estas almas,  
 cuyos cuerpos inmolados  
 por algún mal Torquemada,  
 conociste en los archivos  
 de Córdoba y de Simancas.

Así platicó el arcángel  
 en tanto que se acercaba  
 un anciano venerable  
 de tupida y luenga barba.

-Soy San Jerónimo, dijo,  
 aquel que nació en Dalmacia  
 y, tras avatares miles,  
 tuvo vida retirada  
 dedicado a la oración,  
 al ayuno y la templanza,  
 al estudio y la escritura  
 que a ti tan bien se te daban;  
 y he venido a recibirte  
 en esta alegre mañana  
 porque, nobleza obliga  
 tengo que darte las gracias  
 ya que tuviste el detalle  
 en tu obra literaria,  
 de estudiar un monasterio  
 que en las alturas serranas,  
 está allá, aún más arriba  
 que la Medina-Azahara,  
 monasterio que a mi nombre  
 antaño se dedicara...

Rafael está azorado  
 y para sí cavilaba:

-No podía figurarme  
 tanta honra, honra tanta

para un hombre tan humilde  
 que de especial, no hizo nada.

De pronto se abrió una puerta  
 majestuosa, dorada,  
 y pudo ver, extasiado,  
 a una bella y joven dama  
 de pelo negro de endrina  
 enmarcando una cara  
 de radiante hermosura  
 como una rosa galana;  
 en su mentón, un hoyuelo  
 impreso con mucha gracia;  
 en su boca un sonrisa  
 mezcla de azucena y grana  
 y dos ojos, que, profundos  
 con cariño le miraban.

Rafael cayó de hinojos  
 postrado ante sus planta  
 y con fervor musitó  
 esta rendida alabanza:

-Esos ojos, ese pelo,  
 ese hoyuelo, te proclaman  
 la Reina del Arco Bajo,  
 la Señora de la Plaza.  
 ¡Tú, mi Virgen del Socorro  
 que vives frente a la casa  
 donde vi la luz primera,  
 tú eres mi Madre adorada  
 a la que aprendí a rezar  
 mis más pueriles plegarias!

La Virgen se le acercó  
 sin apartar su mirada  
 y levantándolo, dijo  
 con dulzura inusitada:

-Ven conmigo, hombre bueno,  
 entremos en esta estancia  
 donde podrás adorar  
 a la Trinidad sagrada,  
 que quiere glorificarte.  
 Pasa, Rafael...; ven...; pasa...

En los balcones del cielo  
 se asoma Rafael Gracia  
 con sonrisa bonachona

mientras se limpia las gafas...;  
 se las pone y dirige,  
 expectante, su mirada  
 a su querida Academia  
 que, en sesión extraordinaria,  
 le rinde hoy homenaje  
 de amistosa añoranza...;  
 nos ve a todos tan serios,  
 tan circunspectos, que exclama:

-No estéis tristes, compañeros,  
 no sufráis por mí, ¡caramba!,  
 que en mi cachito de cielo  
 soy feliz, nada me falta  
 porque mi Dios, Trino y Uno,  
 me dio bienaventuranza...

Dice adiós con la mano  
 y entrecierra las ventanas.

### ***Intervención del Ilmo. Sr. D. Antonio Arjona Castro, Académico Numerario***

Excmo. Sr. Director, Ilustres Académicos, querida familia de Rafael Gracia Boix: Mari-Carmen y Alfonso, Antonio y María, nietos, amigos todos:

Nuestro amigo Rafael ha muerto. Después de una larga enfermedad soportada con ánimo cristiano, ha muerto después de recibir los últimos sacramentos administrados por el también Académico P. Segundo Gutiérrez. Pero yo afirmo, amigo Rafael, para nosotros, para los tuyos, no has muerto, seguirás siempre vivo en el recuerdo. Estoy seguro de que hoy desde el cielo nos estarás contemplando al lado del Altísimo.

Rafael nació en Córdoba el 21 de julio de 1923, donde cursó estudios de primera y segunda enseñanza. Ingresó por oposición en la Escuela Politécnica Superior del Ejército, pasando al Cuerpo de Ayudantes de Ingenieros de Armamento y Construcción. Perteneció posteriormente a la Escala Especial de Jefes y Oficiales Especialistas del Ejército de Tierra, alcanzando el empleo de capitán. Estaba en situación de reserva activa y en posesión de dos Cruces del Mérito Militar de primera clase con distintivo blanco. Era Caballero Cruz y Placa de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo.

Especialista autodidacta en temas históricos cordobeses e inquisitoriales, en estos últimos con renombre internacional, ha publicado *Guía e itinerarios artísticos-turísticos de Córdoba* y *El Real Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso en Córdoba*. En ambos libros demuestra su conocimiento de la historiografía cordobesa y sus dotes como investigador en los archivos cordobeses.

Sus trabajos sobre la Inquisición son de fundamental importancia; logró reunir el más completo fondo documental para el conocimiento y estudio del órgano inquisitorial español. *Colección de documentos para la historia de la Inquisición en Córdoba*, *Autos de fe y causas de la Inquisición de Córdoba* y *Los fundamentos de la Inquisición española* son tres obras pilares indispensables para conocer la vida, sufrimientos y muertes de muchos españoles que durante varios siglos padecieron la Inquisición española. Gracias a la documentación conseguida por él pudo escribir su gran obra sobre *Brujas y hechiceras de Andalucía*, en la que el lector podrá disfrutar leyendo la vida y milagros de estas mujeres que vivieron sumergidas en un sector de la sociedad española, herederas de aquellas mujeres "sabias" de la sociedad andalusí. En esta obra se encuentran numerosas anécdotas, muchas muy sabrosas, del submundo brujeril, tan arraigado

durante siglos en la sociedad de nuestra patria, y que durante siglos fueron objetivo de la Inquisición. Es una de sus mejores obras.

Además, mi amigo Rafael escribió una serie de artículos de investigación aparecidos en el *Boletín de la B. R. A. C.*, en las revistas *Al-Mulk*, *Omeya* y *Córdoba en mayo*, en las actas de diversos congresos que marcaron un hito en la historia de Córdoba, trabajos hoy recogidos en su obra *Temas cordobeses* obra publicada gentilmente por la Excm. Diputación de Córdoba en los últimos días de su vida.

Sus mejores trabajos son como *arqueólogo* y como *investigador* de la historia de los monumentos cordobeses. Hace unos años, exactamente en 1988, al recibir yo el nº IX de la revista *Al-Qantara*, actual órgano de los arabistas españoles, tuve una gran satisfacción al ver cómo el análisis de Rafael Gracia Boix sobre “El Corral de los Ballesteros” y después en un magnífico libro del mismo autor “Los puentes califales de Medina al-Zahira” eran utilizados correctamente por un prestigioso arabista español, D. Basilio Pavón Maldonado, digno heredero de D. Leopoldo Torres Balbás, para emitir una hipótesis sobre el recinto urbano del Alcázar y los restos existentes en la Puerta de Sevilla. En estos importantes trabajos se valoran como merecen los meticulosos estudios arqueológicos e históricos de Rafael Gracia Boix.

Los conocimientos profesionales de Rafael Gracia Boix en topografía y dibujo le convirtieron en el investigador ideal de estos temas. Y cuando hablo de un profesional estoy diciendo que era un buen profesional, porque hay gente por ahí que dan por supuesto que el profesional, al historiador me estoy refiriendo, siempre es bueno, cuando en realidad los hay profesionales muy malos y muchos que estando llamados a investigar por profesión y pasan la vida dando clases sin aportar nada a su profesión. En estos artículos Rafael Gracia no sólo aporta documentos inéditos sobre el monumento que estudia, pues bien probada está su rigurosidad como investigador de archivos en sus trabajos sobre la *Inquisición española*, sino que a ellos acompaña excelentes planos, dibujos y fotografías. Así en el puente califal de “Burriciegos”, desaparecido, su testimonio y dibujos de planta y alzado constituyen un documento único para conocer esta joya de la arqueología califal.

Cualquier tema abordado por Rafael Gracia lo hacia con rigurosidad y competencia, aunque a veces se olvidara de poner algunas tildes o comas, pues los que investigamos tanto nos absorbe el tema que olvidamos a veces un poco la gramática. Pero para eso están nuestros amigos especialistas en literatura, para revisar nuestros trabajos y así de paso aprender un poco de historia. En nombre de Rafael, a todos les doy las gracias por ello. Esa es la ventaja de nuestra polifacética Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Nobles Artes, institución a la que nuestro amigo Rafael dedicó los mejores años de su vida intelectual.

Esta obra miscelánea de *Temas cordobeses* tiene un gran valor para la historiografía cordobesa. Los amantes y estudiosos de Córdoba encontrarán en ella datos exactos sobre los más diversos temas de nuestra amada ciudad.

Una leve incursión en el campo de la literatura lo realiza en la novela humorístico-satírica *Relatos inmorales*.

Su vida como Académico fue larga y fructífera. Fue colaborador de esta Academia desde el 30 de abril de 1966 y Académico Correspondiente desde el 4 de marzo de 1967. Leyó su discurso de ingreso como Numerario el 19 de diciembre de 1974. Ha sido durante varios años Vicesecretario y Director de Publicaciones de la misma.

Esta semblanza quedaría incompleta si yo no resaltara sus cualidades humanas: primero, inteligencia. Inteligencia para aprender paleografía, para la informática, inteligencia para la mecánica, etc.. Era un buen profesional del dibujo; los planos de

sus trabajos de investigación histórica y monumental los enriquecían enormemente.

Tercera cualidad y más importante: su bondad. Hacer el bien y servir a los demás era su cartela de presentación. Disfrutaba sirviendo a los amigos. A sus enemigos los obviaba, porque Rafael, como todo ser humano, también los tuvo. Era muy raro oírle hablar mal de alguien.

Cuarta cualidad: buen humor para superar los duros embates de la vida. Cuando a los 50 años una cruel enfermedad se llevó a su esposa y madre de sus hijos, Rafael se sacrificó por ellos, siguió viudo y se casó con la Cultura, la cual nunca le traicionaría. Muchos de los que compartimos su amistad en su Casa de la Real Academia de Córdoba, disfrutamos de su compañía en las tertulias donde brillan su alma cotidiana y su visión optimista de la vida. Ya enfermo, cuando le visitábamos, sus chistes eran proverbiales. Nunca perdió la esperanza en curarse para seguir investigando y publicando.

Por último destaca en su vida su laboriosidad y honestidad. Llegó a fundar una empresa de publicidad y trabajar durante noches enteras, para sacar su casa adelante, como perito aparejador realizando planos para un estudio de arquitectura. Después de jubilado, su amor al trabajo lo enfocó a la investigación histórica en archivos locales y nacionales. El dinero lo consideraba un medio y no un fin. Disfrutaba invitando a los amigos.

Desde que nos conocimos nos unió nuestro amor por la Cultura y por la Real Academia a la cual los dos hemos servido en diferentes puestos de la Junta Rectora. Rafael sirvió a la Real Academia, nunca se sirvió de ella.

Y quiero terminar señalando que además de sus prendas personales, plenas de generosidad y simpatía, teñidas de un leve dejo de ingenuidad, propio de las almas nobles, ha sido, sobre todo, un gran bagaje como investigador de temas cordobeses lo que ha hecho de Gracia Boix un cordobés de pro, inscribiéndose en la nómina de ciudadanos ilustres, que son los que reparten todo lo que tienen sin esperar otra recompensa. Y quiero terminar con una poesía, que por supuesto yo no he escrito ni tampoco el amigo Rafael Gracia, sino un poeta andalusí para despedirse de sus amigos, pero que viene como anillo al dedo en estos momentos:

## DESPDEDIDA DE LOS AMIGOS

*Encomiendo a Dios a los amigos que me hicieron compañía, todos hombres generosos, adelantados en nobleza, hombres como astros brillantes cuyo resplandor es una guía; quien atente contra ellos muere abrasado.*

*Todos ellos son como una estrella cuyo poniente está mi corazón y su oriente en mis entrañas.*

*Dios sabe que yo jamás me separo de ellos sin que en mi pecho sienta un ardor apasionado.*

*Fuimos amigos, pero el destino traicionó nuestra amistad. ¿Qué hombre puede sobrevivir a las acechanzas de la muerte?*

*Si vivo, quizá el destino nos unirá de nuevo; y si muero, el mismo copero le dará a beber la misma copa que a mí.*

*¡Que Dios pierda a quien trate de perder a mis amigos, a quien intente imponerles unas costumbres distintas de las mías!*

*Fueron mi consuelo cuando me afligieron penas. El amor no hace mella en mi saber ni en mi naturaleza.*

*Hasta que las vicisitudes del Destino nos dispararon sus flechas y nos separaron. ¿Quién podrá estar a salvo del infortunio?*

*Yo les miro, mientras la muerte me aprieta, y encuentro alivio, mientras me estoy debatiendo en mis últimos estertores.*

Esto lo escribía yo, amigo Rafael, cuando todavía te debatías entre la vida y la muerte, mas hoy ya sé que te hemos perdido, por eso me lamento:

*¿Todos los años hay que lamentar la pérdida de un gran amigo? La muerte ataca a mis amigos [amigos] nuevos y antiguos.*

*Ayer fueron Castejón, Gómez Crespo, Morales Rojas, Bernier y muchos otros, se ocultaron como la luna y la Academia quedó a oscuras, muda, en silencio.*

*¿Cómo podré enfrentarme con las adversidades si mi espada y mi firmeza han quedado melladas [con la pérdida de aquellos amigos]?*

*¿Cómo podré orientarme cuando las calamidades ennegrecen mi camino si mis ojos han perdido la luz de mis estrellas?.*

*Pasaron los claros varones que nos precedieron, salvo unos pocos que quedan como la blancura del alba en la intensa oscuridad al final de la noche.*

Perdonadme, amigos, que hoy me sienta un poco triste. Al recordar cómo nuestro amigo Rafael esperaba seguir viviendo, y no pensaba que había llegado al final de su vida, me ha venido a mi memoria aquella estrofa de un poema de Jorge Manrique que dice:

*No se engañe nadie, no, pensando que ha de durar lo que espera  
Más que duró lo que vio, pues que todo ha de pasar de igual manera.*

Para terminar, pienso cuando en esta Corporación nos empeñamos todos en luchas y excesivos afanes por cargos y prebendas, en una estrofa del citado poeta, que dice:

*Ved de cuán poco valor son las cosas tras que andamos Y corremos, que en este mundo traidor, aun primero que muramos las perdemos; dellas deshace la edad, dellas casos desastrosos que acaescen, dellas por su calidad, en los más altos estados desfallecen.*

Descanse en paz nuestro amigo y compañero de la Real Academia, Rafael Gracia Boix.

## **Intervención del Excmo. Sr. D. Joaquín Criado Costa, Director de la Academia**

El Ilmo. Sr. D. Rafael Gracia Boix, nuestro amigo y compañero Rafael, tuvo una vida académica larga e intensa.

Me lo presentó don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, Director entonces de esta Real Academia, hacia el año 1968. Poco antes, el 4 de marzo de 1967, había sido

elegido Académico Correspondiente con residencia en Córdoba. Trabamos conocimiento y amistad y supe de sus investigaciones sobre temas cordobeses, nacidas de una auténtica vocación pese a su formación como autodidacta.

Años más tarde, en diciembre de 1974, él leyó su discurso de ingreso como Numerario y yo fui propuesto para Académico Correspondiente en Córdoba.

Responsabilizado Rafael Gracia de la preparación material del *Boletín* de esta Casa, Castejón me encargó la selección y la corrección de los textos, lo que vino a incrementar mi amistad con Gracia Boix. Con la aparición del número 100, que preparamos conjuntamente, él renunció al puesto que había desempeñado durante varios años y yo fui nombrado Director de Publicaciones. Se convirtió así Rafael en mi consejero y orientador.

Pero él tenía un amplio y profundo sentido de la amistad. Era amigo de todo el mundo. Nacido en la plaza de la Corredera y más concretamente encima del Arco Bajo, se sentía un cordobés castizo para el que nada ni nadie tenía secretos.

Avatares de la vida lo llevaron a la profesión militar, a la delineación y a tener abierta una agencia de publicidad, que por cierto le causó en cierta ocasión la ruina económica, de la que salió responsablemente. De estas últimas circunstancias refería, con su gran sentido del humor, anécdotas muy curiosas.

Tras la muerte de su esposa, Teresa, víctima de una larga y dolorosa enfermedad, se dedicó a sus tres hijos, Teresa, Antonio y María de Carmen, y a intensificar sus investigaciones que centró en el monasterio de San Jerónimo y en temas sobre la Inquisición, de la que llegó a ser uno de los más conspicuos conocedores, al que han recurrido con frecuencia prestigiosos docentes y tratadistas. Al margen de todo esto y a modo de catarsis publicó algunas obras literarias de evasión.

Su contrastado amor a los libros lo hizo más tarde Bibliotecario de esta Academia, a la que Rafael Gracia consideró siempre su segunda casa, en la que se sentía feliz y en la que pasó algunos momentos amargos que él trataba de dulcificar en sus últimos años, durante su voluntario destierro en la costa malagueña de Benalmádena.

Allí prosiguió -investigador nato e infatigable pese a su implacable enfermedad- sus trabajos sobre Diego León, que quedaron sin publicar. Y allí convocaba a sus amigos, como el general Ruiz de Villegas, y desde allí se desplazaba a Fuengirola para estar con más amigos, entre los que me contaba, durante los meses de estío. ¡Cuántas horas frente al Mare Nostrum!

Y se nos fue Rafael Gracia, amigo de todos, hombre generoso, Académico responsable y cumplidor de sus obligaciones; José Luis Lope, Antonio Arjona y yo, junto a sus familiares, depositamos su cuerpo en el cementerio de San Rafael. Pero su espíritu y su ejemplo vagan por estos espacios académicos, entre estos muros. Descanse en paz.